

Mónica Ojeda
Mandíbula

*Horror y perversión
adolescente en una novela
magistralmente escrita*

Candaya Narrativa 49

Diseño de la colección: Francesc Fernández
Imagene de cubierta: Francesc Fernández

ISBN: 978-84-15934-49-3
20x14 cm; 288 páginas.

PVP: 17€



LA OBRA: MANDÍBULA

Una adolescente fanática del horror y de las *creepypastas* despierta maniatada en una cabaña en medio del bosque. Su secuestradora no es una desconocida, sino su maestra de Lengua y Literatura, una mujer joven a quien ella y sus amigas han atormentado durante meses en un colegio de élite del Opus Dei. Pero pronto los motivos de ese secuestro se revelarán mucho más oscuros que el *bullying* a una maestra: un perturbador amor juvenil, una traición inesperada y algunos ritos secretos e iniciáticos inspirados en esas historias virales y terroríficas gestadas en Internet.

Mandíbula es una novela sobre el miedo, las relaciones afectivas, la sexualidad y la violencia. Narrada con una prosa llena de destellos líricos, símbolos desconcertantes y saltos en el tiempo, toma rasgos del *thriller* psicológico para desarrollar el juego mental que se produce entre alumnas y maestras, y escarbar en las relaciones pasionales entre madres e hijas, hermanas y "mejores amigas", recreando un mundo de lo femenino-monstruoso que se conecta con la tradición del cine de terror y la literatura de género.

LA AUTORA: MÓNICA OJEDA



Mónica Ojeda (Guayaquil, Ecuador, 1988). Máster en Creación Literaria y en Teoría y Crítica de la Cultura, dio clases de Literatura en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Actualmente vive en Madrid, donde cursa un Doctorado en Humanidades sobre literatura pornoerótica latinoamericana.

Ha publicado las novelas *Nefando* (Candaya, 2016) que tuvo una espectacular recepción crítica y *La desfiguración Silva* (Premio Alba Narrativa 2014). En 2017 publicó el relato *Caninos* y otro de sus cuentos fue antologado en *Emergencias. Doce cuentos iberoamericanos* (Candaya, 2013). Con *El ciclo de las piedras*, su primer libro de poemas, obtuvo el Premio Nacional de Poesía Desembarco 2015.

Forma parte de la prestigiosa lista de Bogotá 39-2017, que recoge a los 39 escritores latinoamericanos menores de 40 años con más talento y proyección de la década.

DE LA OBRA DE MÓNICA OJEDA SE HA ESCRITO:

“La joven ecuatoriana Mónica Ojeda publica en nuestro país una novela brillante y enfermiza sobre la ‘deep web’, la pederastia y la pasión por la literatura (...) Una novela espectacular (...) *Nefando*, amén de innovador y tremendamente intelectual, es un libro tan estomagante que ninguna persona que les quiera bien se lo recomendaría. Sin ninguna duda, se lo recomiendo...” Alberto Olmos, *El Confidencial*.

“Su primera obra, *Nefando*, fue descrita por muchos como un puñetazo, como una mala digestión que dolía en el estómago pero también en el alma. A punto de publicarse su próximo libro, los que ya han conseguido deshacerse de las náuseas están deseando releer esa prosa desbordante e inteligente que ya nos había entregado Ojeda.” (Luna Miguel, *Playground*).

"El otro boom latinoamericano es femenino y ahonda en las zonas más oscuras y desoladas del ser humano, como la ecuatoriana Mónica Ojeda."

Paula Corroto, *El País*.

"*Nefando* de la ecuatoriana Mónica Ojeda nos muestra la genealogía de esa imprecisión a partir de la infancia. Con un sentido firme y una estructura fragmentada la novela revela lo decible del dolor en los umbrales movedizos del deseo." **Xenia Guerra, *El Nacional***

"Un descenso a los abismos más oscuros del ser. Mónica Ojeda muestra aquello que habitualmente está fuera de la escena, se atreve a mirar hacia donde no queremos mirar." **Miguel Angel Hernández, *Revista Eñe*.**

"Alejada de cualquier lectura complaciente, *Nefando* es una novela muy bien escrita, brutal en sus planteamientos, misteriosa, poética, profundamente perturbadora. Literatura en estado puro. Sorprende el talento de Mónica Ojeda, que aún no ha cumplido treinta años." **David Pérez Vega, *Qué leer*.**

"Una escritora seria, valiente, exigente, que ya puede ser considerada una de las mejores narradoras jóvenes de la literatura hispanoamericana."

Jorge Carrión, *Otra Parte Semanal*.

(...) "Estamos ante una novela notable, un puzzle que mezcla estilos, tonos, lugares, temáticas, discursos y personajes muy diferentes para acabar conformando una obra sólida que despierta el interés del lector sin darle casi tregua. Se trata de un relato, lo advertimos, no apto para todas las sensibilidades, ya que aún sin caer nunca en el morbo retrata con crudeza algunos comportamientos deleznable del ser humano" **Basilio Pujante, *El Noreste*.**

"(...) La novela es un navajazo que hace aflorar las profundidades más abyectas del ser humano, la esencia de la aberración. La autora, experta en la literatura pornográfica latinoamericana durante las dictaduras, pone en las manos lectoras una obra incómoda, pero a la vez luminosa" **Francisco Martínez Bouzas, *Brújulas y espirales*.**

"Ojeda sabe que no hay horror sin deseo ni belleza. Se aventura a lo revulsivo y logra articularlo." **Edmundo Paz Soldán, *La Tercera, Chile*.**

"*Nefando* es una reflexión filosófica sobre el lenguaje como arma para entender el mundo y enfrentarse a él, sobre el arte como medio de expresión o sobre los límites de la moral." **Esther Magar, *Libros y Literatura*.**

"No es frecuente encontrarse ante una escritura capaz de quebrantar la parálisis lectora. Cuando esto sucede, detrás del lenguaje actúa una voz tan poderosa como inquietante que, en ciertas ocasiones, precipita la enunciación. Este es el caso de la escritora Mónica Ojeda." **Vega Sánchez-Aparicio, *Culturamas*.**

ARGUMENTOS DE VENTA DE MANDÍBULA

1. Tras la sorpresa y el fulgurante éxito de *Nefando* (por la que Mónica Ojeda ha sido considerada una de las voces más originales del nuevo boom femenino de la literatura latinoamericana y seleccionada en la lista del Bogota39, – los 39 mejores escritores menores de 39 años de la década de toda Latinoamérica, según la revista Granta y el Hay Festival) *Mandíbula* es la nueva y esperada novela de Mónica Ojeda. Xavi Ayén (La Vanguardia, 30 de diciembre) la ha definido como una novela de "perversión adolescente" (tematiza el amor lésbico entre adolescentes con todos sus matices y tabús) y la ha destacado como una de las novedades más importantes de este curso. Va a interesar mucho a los lectores que siguen con interés la nueva narrativa latinoamericana escrita por mujeres (en línea de autoras como Mariana Enríquez, Ariana Harwicz, Liliana Colanzi, Samantha Schweblin, Fernanda Melchor), pues no hay duda del gran interés que está suscitando la nueva literatura escrita por mujeres, alcanzado ya la dimensión de tendencia editorial.

2. De un modo poco tradicional, *Mandíbula* toma rasgos del *thriller* psicológico para desarrollar las razones que motivan a una profesora con estrés postraumático a secuestrar a una de sus alumnas. Por otra parte, *Mandíbula*, en cuanto exploración de lo femenino-monstruoso, conecta con la tradición del cine de terror y la literatura de género.

3. Uno de los aspectos novedosos de la novela es la creación de personajes que consumen *creepypastas* (historias de horror breves gestadas en internet que se vuelven virales). En este sentido, *Mandíbula* recrea el escenario del terror en el siglo XXI y se pregunta por el papel que juega el internet en la imaginación desbordada de adolescentes fanáticas del horror. Las nuevas tecnologías y el subsuelo de Internet siguen siendo tópicos trascendentes – como en *Nefando* – de la literatura de Mónica Ojeda, donde expande su estremecedor universo narrativo.

4. Su formato híbrido, con capítulos que responden a diálogos y otros con un tono más ensayístico, así como sus saltos en el tiempo, pueden resultar atractivos para los lectores que disfrutan participando activamente en la trama novelesca y en la indagación de las verdaderas motivaciones de los personajes.

5. *Mandíbula* desarrolla el intenso lazo de amistad entre dos chicas que descubren una sexualidad prohibida al interior de un colegio conservador y religioso, lo que la convierte en una novela que tematiza el amor lésbico entre adolescentes con todos sus matices y tabús.

FRAGMENTOS DE MANDÍBULA

I

Abrió los párpados por accidente y le entraron todas las sombras del día que se quebraba. Eran manchas voluminosas –“La opacidad es el espíritu de los objetos”, decía su psicoanalista– que le permitieron adivinar unos muebles maltrechos y, más allá, un cuerpo afantasmado fregando el suelo con un trapeador para hobbits. “Mierda”, escupió sobre la madera contra la que se aplastaba el lado más feo de su cara de *Twiggy-face-of-1966*. “Mierda”, y su voz sonó como la de un dibujo animado en blanco y negro un sábado por la noche. Se imaginó a sí misma donde estaba, en el suelo, pero con la cara de Twiggy, que era en realidad la suya salvo por el color pato-clásico de las cejas de la modelo inglesa; cejas-pa-to-de-bañera que no se parecían en nada a la paja quemada sin depilar sobre sus ojos. Aunque no podía verse sabía la forma exacta en la que yacía su cuerpo y la poco grácil expresión que debía tener en ese brevísimo instante de lucidez. Aquella completa conciencia de su imagen le dio una falsa sensación de control, pero no la tranquilizó del todo porque, lamentablemente, el autoconocimiento no hacía a nadie una Wonder Woman, que era lo que ella necesitaba ser para soltarse de las cuerdas que le ataban las manos y las piernas igual que a las actrices más glamurosas en sus *thrillers* favoritos.

Según Hollywood, el 90% de los secuestros terminan bien, pensó sorprendida de que su mente no asumiera una actitud más seria en un momento como ese.

Estoy atada. ¡Qué increíble que sonaba la declaración en su cabeza! Hasta entonces “estar atada” había sido una metáfora sin esqueleto. “Estoy atada de manos”, solía decir su madre con las manos libres. En cambio ahora, gracias al espacio desconocido y el dolor en sus extremidades, estaba segura de que le estaba ocurriendo algo muy malo; algo similar a lo que ocurría en las películas que a veces miraba para escuchar, mientras se acariciaba, una voz como la de Johnny Depp diciendo: “*With this candle, I will light your way into darkness*” –según su psicoanalista, aquella excitación que la acompañaba desde los seis años, cuando empezó a masturbarse sobre la tapa del váter repitiendo líneas de películas, respondía a un comportamiento sexual precoz que tenían que explorar conjuntamente–. Siempre imaginó la violencia como una consecución de olas que escondían piedras hasta que se estrellaban contra la carne de algo vivo, pero nunca como ese teatro de sombras ni como la quietud interrumpida por los pasos de una silueta encorvada. En clases, la profesora de Inglés les hizo leer un poema igual de oscuro y confuso. Sin embargo, memorizó dos versos que, de pronto, en esa posible cabaña o habitáculo de madera crujiente, empezaron a tener sentido:

*There, the eyes are
sunlight on a broken column.*

Sus ojos tenían que ser eso ahora: luz de sol en una columna rota —la columna rota era, por supuesto, el lugar de su secuestro; un espacio desconocido y arácnido que parecía el reverso de su casa—. Había abierto los ojos por error, sin pensar en lo difícil que sería alumbrar aquel rectángulo sombrío y a la secuestradora que lo limpiaba como una ama de casa cualquiera. Quiso no tener que preguntarse por asuntos inútiles, pero ya estaba afuera de sí misma, en la maraña de lo ajeno, obligada a enfrentar lo que no podía resolver. Mirar las cosas del mundo, lo oscuro y lo luminoso cosiéndose y descosiéndose, el cúmulo de lo que existe y ocupa un lugar dentro de la histriónica composición del Dios *drag-queen* de su amiga Anne —¿qué diría ella cuando se enterara de su desaparición? ¿Y la Fiore? ¿Y Natalia? ¿Y Analía? ¿Y la Xime?—; todo en los ojos ardiéndole más que ninguna otra fiebre era siempre un accidente. Ella no quería ver y dañarse con las cosas del mundo, pero ¿qué tan grave era la situación en la que se encontraba? La respuesta anunciaba una nueva incomodidad: un levantamiento en la llanura de su garganta.

El cuerpo fregador del suelo se detuvo y la miró, o eso creyó ella que hizo, aunque a contraluz no pudo ver más que una gura parecida a la noche.

—Si ya te despertaste, siéntate.

Fernanda, con el perfil derecho aplastado contra la madera, soltó una risa corta e involuntaria de la que se arrepintió poco después, cuando se escuchó y pudo comparar el ruido de sus instintos con el llanto de una comadreja. Cada segundo que pasaba entendía mejor lo que le estaba ocurriendo y su angustia subía y se extendía por el espacio a media penumbra como si escalara el aire. Intentó sentarse, pero sus escasos movimientos fueron los de un pez convulsionando sobre sus propios terrores. Ese último fracaso la obligó a reconocer el patetismo de su cuerpo ahora agusanado y le provocó un ataque de risa que fue incapaz de controlar.

—¿De qué te ríes? —preguntó, aunque sin verdadero interés, la sombra viva mientras exprimía el trapeador para hobbits en la silueta de un cubo.

Fernanda hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para detener la risa de encías que la colmaba y, cuando por fin pudo recobrar el sentido de sí, avergonzada por el poco dominio que tenía sobre sus reacciones, recordó que había estado imaginándose en el suelo con un vestido azul eléctrico, como una versión moderna de Twiggy secuestrada, *top-model- always-diva* hasta en situaciones límite, y no con el uniforme del colegio que en realidad usaba: caliente, arrugado y oloroso a suavizante.

La decepción tenía la forma de una falda a cuadros y una blusa blanca manchada de ketchup.

—*Sorry*, Miss Clara. Es que no puedo moverme.

El cuerpo arrimó el trapeador a una pared y, limpiándose las manos sobre la ropa de aspirante a monja, caminó hacia ella emergiendo de las sombras a ladas a una luz dura que le descubrió la carne rosa de pelícano desplumado. Fernanda mantuvo la mirada fija en el rostro ovíparo de su profesora como si fuese vital ese instante de lupa en el que pudo verle unas venas moradas, nunca antes identificadas, en las mejillas. ¿No que *esas vergas* solo *salían en las piernas*?, se preguntó cuando unas manos demasiado largas la levantaron del suelo y la sentaron. Pero por más que intentó aprovechar la cercanía con *Latin* Madame Bovary no pudo verle ninguna palabra atorada en los gestos. Había personas que pensaban con el rostro y bastaba aprender a leerles los músculos de la frente para saber de qué inundaciones procedían, pero no cualquiera tenía la habilidad de dilucidar los mensajes de la carne. Fernanda creía que Miss Clara hablaba un idioma facial primigenio; un lenguaje a veces inaccesible, a veces desnudo como un páramo o un desierto. No se atrevió a decir nada cuando la profesora volvió a alejarse y las sombras cambiaron de lugar. Así, sentada, pudo estirar sus piernas atadas con una cuerda de color verde —la misma que usaba en el colegio para saltar durante las clases de educación física— y ver los mocasines limpiísimos que la Charo, su nana, le había limpiado el día anterior. Al fondo, dos ventanales que ocupaban la parte superior de la pared le permitieron ver un follaje exuberante y una montaña o un volcán de cima nevada que le hizo saber que estaban fuera de su ciudad natal.

—¿En dónde estamos?

Pero esa no era la pregunta que más importaba: ¿por qué me ha secuestrado, Miss Clara?, debió haber dicho, ¿por qué me ha *atado y sacado de la ciudad de los charcos de agua puerca, zorra-mal-cogida-hija-de-la-gran-puta?* ¿*Eh, puta de mierda?* En cambio aguantó el silencio con la resignación de a quien se le cae el techo encima y empezó a llorar. No porque estuviera asustada, sino porque otra vez su cuerpo hacía cosas sin sentido y ella no podía soportar tanto caos destruyéndole la conciencia.